

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

SEXTO DOMINGO DE PASCUA

1 mayo de 2005.

Juan 14, 15-21

1.- ¿Desde la fe o la incredulidad? El mundo “*no ve ni conoce*” lo que corresponde al Espíritu, invisible y silencioso. A causa de la elección del Papa Benedicto XVI se ha producido un forcejeo impiadoso por parte de personas y medios cuyo ángulo de visión no es la fe sino el criterio político más radicalizado. Hieren los oídos de los creyentes las afirmaciones irresponsables y el pesimismo que manifiestan pocos pero bulliciosos gestores de opinión. Lo que atañe a la Iglesia no resiste interpretaciones ajenas o contrarias a la fe. El nuevo Pontífice ha elegido un nombre que lo acompañará siempre como acreditación de la misión que lo distingue de sus antecesores y le exige iniciar una esperanzadora etapa histórica. Él, como cada uno de nosotros, tiene a Dios como juez de su vida, de ninguna manera las contradictorias opiniones que lo ponderan o vituperan. ¿Cuál debe ser nuestra reflexión como personas de fe? No importa quién sea el elegido con tal que sea auténtica su elección. Según las normas canónicas, los Cardenales eligieron al Cardenal Ratzinger Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. Tomó el nombre de Benedicto XVI e inició solemnemente su servicio pastoral el 24 de abril del presente año. No hay dudas de que es el legítimo Sucesor de Pedro. Nuestro deber de fe es recibirlo con el corazón y reconocer en él al Vicario de Cristo. En lo sucesivo no habrá comunión con Cristo - en la Iglesia - sino a través suyo. Es preciso orar por su persona sagrada e implorar la gracia divina de su Ministerio para que lo inspire y aliente constantemente a cumplir su riesgosa misión. Con él la Iglesia inicia una etapa nueva de su extensa historia. Se eslabona, en su inmediato antecesor Juan Pablo II, con los doscientos sesenta y cuatro Papas precedentes. ¿Qué ocurrirá en adelante? Únicamente Dios lo sabe, y lo revelará progresivamente a quienes lo aman, no a quienes pretenden estudiarlo y ceñirlo a estereotipos impuestos por el falso profetismo moderno.

2.- El mayor enemigo: la frivolidad. Se explica la incompreensión de quienes no han recibido la gracia de la fe. Quizás sean personas honestas, de respuestas correctas a valores humanos reconocidos como auténticos. La elemental humildad que los asiste les inspira una especie de nostalgia del don sobrenatural que aún no poseen. No ven desde la fe pero los embarga un gran respeto por quienes enfocan su vida desde esa dimensión. Lo auténticamente humano no se opone a la doctrina de la fe sino que halla en ella su perfección. Más aún, la gracia de la fe confiere la capacidad de lograr esa perfección. Pero, lamentablemente, existe el mayor enemigo en la búsqueda del bien, la verdad y el diálogo constructivo: *la frivolidad*. Ha dominado los ambientes característicos de la sociedad; se ha enquistado en las entrañas de sus integrantes y constituye una atmósfera nociva que exige a todos respirarla. De ella nace la agresiva oposición a todo pensamiento serio y, naturalmente, al contenido de la fe religiosa. Es el mundo de quienes utilizan los medios más bajos para desacreditar a los testigos del Evangelio y conculcar las exigencias morales que de él se derivan. Algunas manifestaciones de esa frivolidad están expuestas, con mucha frecuencia, en la paredes sagradas de la Catedral de Buenos Aires o se formulan, sin pudor, con la complicidad de tendenciosos comunicadores. Es preciso no considerar perdido el combate del bien contra el mal, de la honestidad contra la deshonestidad, del pensamiento serio contra la liviandad. El Papa Benedicto XVI recordó la exhortación insistente y evangélica de su venerado predecesor: “*¡No teman! ¡Abran, más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo!*”. El Evangelio actúa de purificador y perfeccionador de todo lo auténticamente humano. Debe ser predicado por quienes han recibido el encargo del mismo Cristo: “*Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación*”.

[1]

3.- La Verdad, obsequio del Padre. La influencia que ejerce no depende del genio de quien lo predica sino de la gracia de Cristo. El que lo expone debe ser humilde y reconocer que todo lo suyo, por más intelectualmente prestigioso que sea, es insuficiente para producir lo que el Evangelio logra en los corazones. La confianza alienta a los Apóstoles desde los comienzos de su ministerio. Es especialmente claro en San Pablo. Con más motivos que sus hermanos Apóstoles – según él – percibía su humana incapacidad y la dependencia esencial de Cristo que necesitaba cultivar. El Espíritu, cuya acción no se percibe con los sentidos, garantiza la eficacia de la palabra predicada. Mientras la fe no alcance para advertir su presencia, el Evangelio no será tenido en cuenta y los hombres se mantendrán indiferentes ante él, casi en un absoluto hermetismo. ¿No es acaso lo que ocurre hoy? ¿Cuál será entonces el método eficaz que posibilite su necesaria escucha? Juan Pablo II lo ha propuesto en diversas ocasiones: *el testimonio de la santidad*. El evangelizador – ministro, consagrado o laico – debe ser santo. La mera “propaganda” evangélica no logra más – en el mejor de los casos - que adherentes intelectuales, nunca verdaderos convertidos. La Palabra es para la conversión, no para la simple ilustración, aunque se sirvan mutuamente para el mismo y necesario fin: la adhesión a Jesucristo. Él es la Verdad que el Padre nos revela como un obsequio inefable de su amor. El cristiano debe manifestarse como modelo del que acoge el don de Dios. Allí está el secreto de su perfección humana; en Cristo halla el “Camino” recto que vence todos los vericuetos que los hombres se fabrican.

4.- La fe: un llamado a la libertad. La misma Palabra que se predica infunde la capacidad para dejarse entender por los hombres humildes. Es misión de los predicadores hacerla culturalmente cercana y familiar. La fe abre la perspectiva de la obra de gracia que la Palabra – el mismo Cristo – introduce en las mentes y corazones de quienes la escuchan atentamente. A partir de esa escucha provechosa se produce el don del Espíritu que, de otro modo, “*no se lo ve ni se lo conoce*”. El combate evangelizador no intenta imponer – en forma dictatorial – la Palabra. La misma debe ser objeto de un ejercicio franco de la libertad íntimamente saneada por la gracia. La propuesta evangélica adquiere un estilo sereno, manso y frontal. Elementos que difícilmente se dan juntos, pero, que deben darse para no predisponer el ánimo en contra de lo que se ofrece. La enemistad que, en diversas ocasiones interfiere entre los evangelizadores y la sociedad, proviene de prejuicios imaginados en circunstancias inexplicables. Es preciso reducirlos a dimensiones racionales y resolverlos oportunamente. A veces pasan siglos para que se produzca su desaparición. Es lo que ha ocurrido entre Oriente y Occidente; entre una cultura y otra, ambas originariamente influenciadas por la misma fe cristiana. Desactivada la razón de la desavenencia se inicia un rápido sendero hacia la esencial unidad.

5.- El amor es más fuerte. La sociedad que componemos necesita ser interpelada por la Palabra que el Padre ha obsequiado a los hombres. De esa manera se producirá un frente renovador que los mejores pensadores no lograrían pergeñar. La Palabra – Jesucristo – infunde su Espíritu y alienta una nueva comprensión de la realidad, Sus sombras y luces aparecerán ante la mirada de los hombres sin desalentarlos en la búsqueda de respuestas y soluciones adecuadas. Es el Verbo Encarnado quien posee la sabiduría reclamada por las críticas y actuales situaciones. A su dictamen se abrirá un panorama de posible concreción. Jesucristo enciende las esperanzas en un mundo desesperanzado; recupera la vida en un mundo agónico y terminal; ofrece la paz en medio de la guerra; hace que el amor sea más fuerte que “*el odio y que la muerte*” y que la construcción de una concordia universal sea posible.

---

[1] Marcos 16, 15.

[Volver](#)